

Sigmund Freud: la importación del psicoanálisis en la Argentina

Por Germán García

Desde los albores del siglo XX, la problemática psicoanalítica comenzó a incursionar en la lengua del pensamiento social argentino. La filosofía, desde Alejandro Korn hasta León Rozitchner, pasando por José Ingenieros, José Ramos Mejía, Carlos Astrada, Coriolano Alberini, Luis Juan Guerrero, Vicente Fatone, Oscar Masotta, Guillermo Maci, Raúl Sciarretta y Aníbal Ponce fueron movilizados y dieron cuenta a su modo de las innovaciones que introducía el discurso freudiano. En sus comienzos, la sospecha fue el estado emocional con el que se recibían las primeras reverberaciones que la práctica psicoanalítica ponía como discusión y desafío para el pensar de las sociedades. Desde los experimentos de Charcot hasta las ultimísimas influencias lacanianas, de amplias simpatías y también cuestionamientos en Buenos Aires, lentamente el psicoanálisis fue menguando su carácter de técnica científico-experimental, ligado al positivismo y a las instituciones del control social, y fue conquistando franjas cada vez más significativas de la teoría social moderna. Este lento proceso, que dura un par de décadas, obtiene un desenlace definitivo cuando en 1939 Freud se refiere al estado de la experimentación en Argentina, aludiendo a que la distancia geográfica no se constituiría en un impedimento para la constitución de una disciplina de carácter universal. De estas repercusiones controversiales se ocupa Germán García, indagando sus alcances, que desbordan cualquier teoría posible de la recepción.

Seducción ética de la devoción a una causa discutida, sumada a la seducción económica de una especulación contra los valores establecidos, no lamentamos con respecto al análisis esos atractivos demasiado abiertos a los rodeos de la compensación.
Jacques Lacan, 1946.

I

El pensamiento positivo que alienta la idea de una moral fundada en las leyes naturales descubiertas por el análisis “científico” de la materia encuentra un límite en el movimiento de una historia que no reconoce en la “educación” el agente suficiente de sus transformaciones. La declaración triunfal de Vicente Fidel López (1878) contra la teología y a favor de la nobleza de la materia —que como explica, viene de la palabra *mater*¹— deja paso a la reflexión filosófica: no se ha podido descubrir el agente material que constituye al lenguaje y le otorga su poder. El materialismo positivo retrocede: las ironías son ahora de Alejandro Korn, las burlas se dirigen a los aparatos de la experimentación psicológica, la autoridad de C. Jakob (el sabio alemán) se refugia en pequeños círculos.

Alejandro Korn (1860/1936) inicia, después vendrán otros: Francisco Romero, Luis Guerrero, Eugenio Pucciarelli, Miguel Virasoro, Vicente Fatone, Aníbal Sánchez Reulet.

Dejemos la palabra a uno de nuestros mejores filósofos; Carlos Astrada, en el prólogo de un libro de Krueger, escribe: “En 1906/1907 —época en que desarrolló su actividad docente en la Argentina (en la Facultad de Filosofía y

Letras y en el Instituto del Profesorado Secundario)— el eminente psicólogo y filósofo Félix Krueger inicia ya, de acuerdo a la nueva posición no del todo consolidada, la crítica y discusión de la psicología asociacionista, de la teoría del mosaico de los elementos, representada por Stuart Mill, W. Wundt, etc. Es así como Krueger comienza en aquella época a abrir el camino para la valoración de la psicología de Dilthey, que implicaba un nuevo punto de vista investigativo, un criterio metodológico más estricto y un considerable ahondamiento en el dominio de los hechos psicológicos y su sentido”.

De la importancia y jerarquía de las enseñanzas de Krueger en nuestro medio, y de las causas de su alejamiento, da cuenta cabal el testimonio del profesor Coriolano Alberini, su discípulo de entonces. (*Deutsche Philosophie in Argentinien*, p. 69, Berlín, 1930). Coriolano Albertini, por su parte, dice que Krueger abandonó nuestro país verosímelmente como una víctima de la incompreensión que encontró en la Universidad, que estaba infestada de sabor positivista.

Astrada enfatiza, después, la importancia de la fenomenología en la vertiente alemana y su relación con la psicología de la forma (que habla por entonces de “estructura”).

Esta estructura no es un conjunto, sino una totalidad: “... a partir del impulso —escribe Astrada— hacia la totalidad, reguladas y vinculadas por éste, surgen y se desarrollan formaciones de estructuras de la clase más diversa y también, en general, articulaciones psíquicas”.² Esta perspectiva es dominante en la *Psicología* que el filósofo Luis Juan Guerrero redacta en 1939³ y que será texto obligatorio por muchos años en los colegios secundarios.

Se le perdona la vida a la psicología experimental, pero el desplazamiento hacia la filosofía es inevitable. La vida psíquica es aquí “la conciencia” y es de suponer que pertenece al campo del saber filosófico. Sigue una discusión sobre los actores y los místicos –usados por Palcos como apólogos para su teoría de las emociones– donde Korn expone su erudición y su inteligencia: “No nos engañe –escribe– sobre este punto el lenguaje de algunos místicos. La experiencia mística, única e inefable (...) no puede expresarse sino en metáforas”.

Guerrero hace un uso táctico de los textos de Freud (*Interpretación de los sueños* y *Psicopatología de la vida cotidiana*) que le sirven, en verdad, para autorizar mejor el automatismo psico-

lógico de Janet.

Pero cuando habla de los “instintos” y de la “infancia”, el cuerpo erógeno del psicoanálisis es excluido en forma radical.

Krueger anticipa –al igual que Astrada, en filosofía– lo que luego llegará a ser el “psicoanálisis existencial” fundado en una transacción que incluye una fenomenología genérica (Biswanger,

Husserl) dentro de las pretensiones de Sartre, Jaspers y Merleau Ponty.

Oscar Masotta, en el año 1964, mostró la imposibilidad de articular el inconsciente freudiano con esta vertiente de la filosofía.⁴

Pero la entrada de los filósofos comienza con las críticas de Alejandro Korn y debería estudiarse –en su relación con el psicoanálisis y la psicología– hasta la producción de trabajos como los de León Rozitchner⁵ o las enseñanzas, de Guillermo Macci, Raúl Sciarreta y otros. Esta aparición de los filósofos no deja de alimentar la creencia en una práctica a la que después se le agregan sus fundamentos “científicos”, dando paso a la división del campo entre técnicos y teóricos.

Américo Foradori escribe: “Alberto

Palcos ha escrito libros y monografías de psicología que fueron siempre de gran suceso científico, porque Palcos une a la estructuración del asunto y la originalidad de sus tesis un talento discursivo muy propio”.⁶

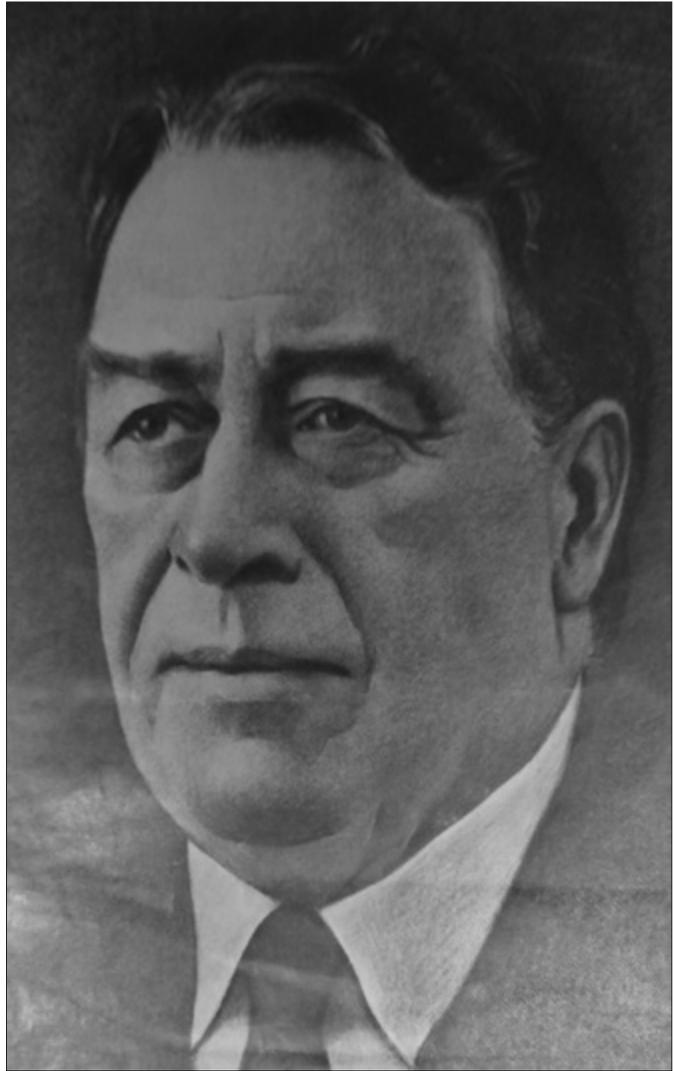
Alejandro Korn comenta *La vida emotiva*, de Alberto Palcos, publicado en 1925: “Las investigaciones experimentales de los neurólogos merecen el mayor respeto; su valor no se amengua si de ellas se hace un uso indebido. Pero la identificación del hecho psíquico con el orgánico es una superstición vulgar”.⁷ Acto seguido, se trata de introducir el objeto de la filosofía: “Por encima del proceso somático –continúa– se alza un dominio autónomo, digamos un pequeño detalle, un epifenómeno: la conciencia”.⁸ La ironía con que se retarda la introducción del término conciencia permite captar el peso que empezaba a tener para aquellos a los que Korn se dirige. Se le perdona la vida a la psicología experimental, pero el desplazamiento hacia la filosofía es inevitable. La vida psíquica es aquí “la conciencia” y es de suponer que pertenece al campo del saber filosófico. Sigue una discusión sobre los actores y los místicos –usados por Palcos como apólogos para su teoría de las emociones– donde Korn expone su erudición y su inteligencia: “No nos engañe –escribe– sobre este punto el lenguaje de algunos místicos. La experiencia mística, única e inefable (...) no puede expresarse sino en metáforas”. El aparato de la psicología experimental –que surgió en relación con las instituciones de control social– es subvertido por los argumentos levantados desde la filosofía: “En ellos (algunos místicos) esta extraña actividad del alma humana alcanza su mayor belleza y reviste un

excepcional interés psicológico y filosófico. La intuición mística se ha de relacionar con la intuición poética e intelectual. Para estudiarla conviene acudir a estas fuentes puras, preferibles a los balbuceos de alguna beata histórica. La relación entre lo psíquico y lo orgánico jamás se ha desconocido, tampoco en el caso de los místicos: el ascetismo es el reverso físico del misticismo”.⁹

Muchos años después Vicente Fatone, otro filósofo, desplegará estas certidumbres.

“El complejo de Edipo y los Gandhaves”¹⁰ (trabajo incluido en el segundo tomo de las obras completas) se articula sobre lo que Lacan llamó los cuatro conceptos fundamentales: inconsciente, repetición, pulsión y transferencia. Fatone intenta mostrar una simetría invertida, fecunda para abordar las relaciones entre el budismo y el psicoanálisis. El budismo parte del nirvana y termina reconociendo el deseo de los padres: el psicoanálisis parte de este deseo –Edipo, el complejo parental– y se encuentra con el nirvana (pulsión de muerte).

El postulado que sostiene este “teorema” es el texto Vasubandhu que –como lo explica Fatone– no necesita de ninguna interpretación puesto que a la pregunta por la reencarnación el texto responde que el ser “turbado por la pasión, va, por el deseo de amor, al lugar de su destino (...). Ve al lugar de su nacimiento, aun desde lejos, ve a su madre y a su padre unidos. Su espíritu es turbado por el efecto de la complacencia y la hostilidad. Cuando es macho, está poseído por un deseo de macho hacia la madre; cuando es hembra, está poseída por un deseo de hembra hacia el padre; e, inversamente, odia ya sea a su padre, ya sea a



Alejandro Korn

su madre, a quien contempla como a una rival... El espíritu así turbado por esos dos deseos erróneos se adhiere al lugar donde están unidos los órganos, imaginándose que es él quien se une”. La pulsión de muerte introducida por Freud en “Más allá del principio del placer” (1920) produce la ruptura con las éticas utilitarias (James y Stuart Mill) y con el hedonismo en boga. Ya no se trata de un aparato regulado por la búsqueda del placer y la huída del dolor, sino por la repetición que excede la voluntad del sujeto. Es verdad que la

Ninguna ética hedonista podría morder aquí el anzuelo, ninguna ilusión de progreso podría a partir de esto hacer del psicoanálisis el sistema ortopédico que disfrazara de ciencia una crisis radical de la ética. Desde entonces se dirá que Freud fundó la pulsión de muerte en el mito biológico de un retorno a lo inanimado (1920), sin leer lo que en 1923 (“El yo y el ello”) rectifica este postulado para fundar la pulsión de muerte en relación con el narcisismo y las identificaciones.

divulgación psicoanalítica sigue –en la actualidad– suponiendo que el análisis es una “técnica de la felicidad”, pero hay que encontrar aquí los ecos de una ruptura. Wilhelm Reich “rompe” con Freud siguiendo esta ideología de la felicidad y lo acusa de reconciliar

al psicoanálisis con la sociedad al “justificar” la represión por la repetición. Es que para Freud –como para los estoicos– las cosas se alejan de la posibilidad de fundar al sujeto en el justo medio. El goce –la repetición, la pulsión de muerte, el masoquismo– es sacrificado para instituir la ley del deseo y asegurar

el placer, el único (justo) medio que permite gozar lo menos posible.

Ninguna ética hedonista podría morder aquí el anzuelo, ninguna ilusión de progreso podría a partir de esto hacer del psicoanálisis el sistema ortopédico que disfrazara de ciencia una crisis radical de la ética. Desde entonces se dirá que Freud fundó la pulsión de muerte en el mito biológico de un retorno a lo inanimado (1920), sin leer lo que en 1923 (“El yo y el ello”) rectifica este postulado para fundar la pulsión de muerte en relación con el narcisismo y las identificaciones. Dejemos aquí este difícil problema para retornar a la lógica del texto de Fatone.

Partiendo de *El banquete* de Platón, el texto marca la anulación de la dife-

rencia macho/hembra en el mito del andrógino y descubre el límite de la relación sexual: “El amor no era la simple búsqueda del placer sexual –escribe Fatone–, sino el deseo de reintegrarse a la antigua unidad”. Las pulsiones son nuestra mitología (afirma Freud), porque mitologizan lo real (agrega Lacan). Los postulados del psicoanálisis no tienen un estatuto óntico porque surgen de la escucha de un discurso que es el fundamento de sus teoremas. El saber del inconsciente y el saber de lo real se encuentran en una relación de convergencia y exclusión: el mito que esfuma lo real dice la realidad del deseo inconsciente que, a su vez, será la mediación del sujeto del lenguaje con el mundo exterior.

II

Aníbal Ponce hace un viaje de estudio a París y, como le ocurre con frecuencia a los argentinos, trata de predicar desde allí cómo debe ser un francés. Por eso envía una nota sobre los comienzos del psicoanálisis en Francia, aclarando que su difusión se debe a una mujer mundana seguida de algunos literatos, pero que ningún (científico) francés se lo toma en serio:

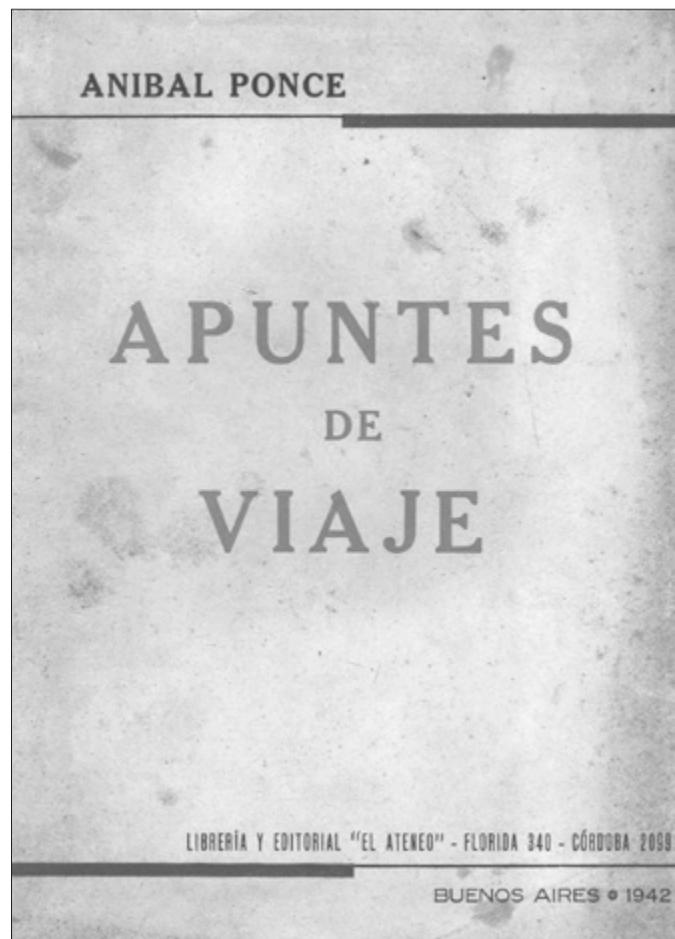
Atraer el mundo literario y contagiarle su entusiasmo, era sin duda, un triunfo verdaderamente excepcional. Pero madame Sokolnicka aspiraba a algo muy distinto (...). El mundo científico continuaba mientras tanto más cerrado y más hostil que nunca a la boga demasiado frívola que alejaba a los investigadores silenciosos, acostumbrados a examinar las teorías de las ciencias en un ambiente muy distinto al del

*salón de madame Sokolnicka (...) conquistar a ese mundo científico era para madame Sokolnicka la etapa final, el objetivo verdadero.*¹¹

Aníbal Ponce carga las tintas sobre *pasó de moda en París* mientras simula burlarse de la moda; puesto que escribe para algunos que jamás se expondrían al ridículo de sostener algo que para los franceses es un juego de salón regentado por una madame “sin título científico alguno”¹².

¿Pero por qué Aníbal Ponce tiene que escribir esto en 1929, después de haber escrito *La divertida estética de Freud* en 1923? *Historia del movimiento psicoanalítico*, escrita por Freud en 1914, anota en el capítulo segundo: “Un médico –probablemente alemán– residente en Chile, defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la existencia de la sexualidad infantil, y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos”. Se refiere a un trabajo de Germán Greve titulado “Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos”, que puede ser consultado en la Biblioteca de Profesores y Profesionales de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Para comprender la dimensión en que se sitúa el discurso de Greve, vamos a relacionarlo con la tesis que dos años antes –en 1908– presentara Juan Antonio Agrelo bajo el título *Psicoterapia y reeducación psíquica*. Esta tesis es particularmente significativa porque introduce la palabra psicoterapia y porque el autor no ignora nada de las publicaciones actuales, lo que hace sospechar que rechaza las publicaciones de Freud y del psicoanálisis. Agrelo habla de la división del sujeto, de la repetición

y de las representaciones provocadas por el deseo (palabra que subraya en el texto, pero que luego define como necesidad), pero excluye toda referencia a la sexualidad en el sentido psicoanalítico del término.



Agrelo, que es patrocinado por José Ingenieros, recuerda de entrada una sentencia de Chomel, citada por su maestro Valentín Grandis: “El médico consuela siempre, alivia a menudo, sana muy pocas veces”.

Dice que su experiencia le mostró la verdad de este aforismo y que tiene la esperanza de que la psicoterapia le permita ampliar el límite enunciado

Todo el mundo duerme, pero no todo el mundo puede ser hipnotizado: aquí es necesario diferenciar la desaparición de la voluntad producida por el inconsciente –dice Agrelo– de la que se produce por la autoridad del otro.

en “pocas veces”. Los antiguos veían la “etiología” de la enfermedad en la influencia de algún espíritu y en consecuencia realizaban ciertas prác-

ticas mágicas que eran eficaces por la fe del enfermo y la autoridad del practicante. En la actual medicina, argumenta Agrelo, podemos comprender que el placebo materializa el mismo fenómeno. La explicación es la sugestión y la autosugestión, que es especialmente marcada en sujetos amorfos (que reciben su forma del otro), productos de las circunstancias y dominados por el azar.

Agrelo se apoya en una serie de autores (Braid, Liebault, Levy, Charcot, Grasset, Berheim, Crocq, Regnault, Binet, Janet, Ribot, Pitres, Gilles de la Tourette, Sollier, Duprat, Le Bon, etc.) y en cuanto a la polémica entre la escuela de Nancy y la de la Salpêtrière sobre los beneficios y/o peligros de la hipnosis, se apoya en Wundt para decir que “lo mejor es colocarse en un justo medio”.

Toma de Grasset la diferencia entre una psicoterapia inferior (que se practica sobre los automatismos inconscientes a través de la hipnosis) y una psicoterapia superior (que se practica por la reeducación consciente de la voluntad). Esta diferencia es posible a partir de la hipótesis de una división entre automatismo inconsciente y voluntad consciente. Los efectos del automatismo pueden observarse en los normales (distracción, hábito, instinto) y en los enfermos (histeria, sonambulismo, enfermedad mental). Por supuesto la influencia no se

produce –aclara Agrelo– a través de fluidos misteriosos que pasan del médico al enfermo; pero dado que la misma existe, es difícil saber cómo opera la sugestión que consiste en la “introducción de una idea en otro cerebro”. ¿Qué le impide, en ese momento, descubrir al lenguaje como agente? Lo psíquico es definido como moral (según la nomenclatura de Cabanis) y en relación con lo físico: en consecuencia, la psicoterapia es la reeducación moral de la voluntad mediante la sustitución o corrección de la idea mórbida.

La hipnosis sirve para la psicoterapia inferior porque “no fortifica la voluntad, no tiende a la unidad y personalidad del yo” como lo hace la psicoterapia superior, definida como reeducación total.

Cuando Agrelo describe la división del sujeto y la obediencia del yo –poniendo como ejemplo la imitación y la persuasión– se encuentra al borde de la identificación. Pero se apoya en Le Bon.

Todo el mundo duerme, pero no todo el mundo puede ser hipnotizado: aquí es necesario diferenciar la desaparición de la voluntad producida por el inconsciente –dice Agrelo– de la que se produce por la autoridad del otro.

Dejemos el sugestivo trabajo de Agrelo y avancemos para llegar a la conferencia dictada por Greve ante la *Sección de Neurología, Psiquiatría, Antropología y Medicina Legal del Congreso Internacional Americano de Medicina e Higiene de 1910*, reunido en Buenos Aires.

En el espacio que se abre con la tesis de Agrelo en 1908 viene a resonar el discurso de Greve de 1910:

A pesar del impulso que en los últimos años se ha dado al estudio



de las neurosis y de las hipnosis y teorías, a cual más ingeniosa y sugestiva, que se han emitido, muy lejos se está de una solución definitiva del importantísimo problema de su génesis y mecanismos de formación. El problema ha sido abordado por distinguidísimos investigadores desde los más distintos puntos de vista, pero teniendo siempre presente la clásica nosografía de Charcot. En efecto, a pesar del aparente antagonismo de las opiniones emitidas, hay en todas ellas o en casi todas, un fondo común que revela un culto a las lecciones del maestro. La teoría más rudamente combatida, sin duda, es la del profesor vienés Freud; la importancia que da a la sexualidad en la génesis de la neurosis, es la causa de los más acerbos ataques en gran parte anticientíficos y prejuiciosos, como

no podía esperarse de otro modo en materia en que predominan las más arraigadas convicciones de orden convencional y social.

Sigmund Freud

Así comienza la conferencia de Greve. Lo que dos años antes era una novedad para Agrelo se convierte en resistencia común frente a la introducción de la sexualidad por Freud.

El discurso de Greve tiene un valor estratégico: desde el comienzo sitúa la exposición en torno al cuerpo erógeno, interpelando el cuerpo de la medicina y de la psiquiatría, inspiradas en los estudios neurobiológicos del sistema nervioso. El cerebro de Cabanis, convertido por Pinel en el centro de ciertas operaciones políticas del ciudadano de la Revolución Francesa es sustituido por los bordes libidinales de un cuerpo

que transgrede las funciones de una sexualidad definida como naturaleza reproductora y guiada por el fin utilitario de conservar la especie. ¿Qué utilidad puede tener la insistencia de un deseo que no pudo satisfacerse en el momento de su aparición y que tampoco podría ser satisfecho después? Es una pregunta de Freud, escrita en un texto que no por casualidad se llama “Más allá del principio del placer”.

La sexualidad –transmite Greve, casi puntualmente– circula por una cadena de representaciones que son “repudiadas” porque se oponen a los

Freud aparece en la lectura de Ponce como un juego de artificios contrario a la naturaleza de las cosas. Si el escándalo se sitúa en relación con el arte es porque en ese campo siempre fue necesario disfrazar el juego de los artificios para sostener, por ejemplo, qué revela la naturaleza humana. Ponce sufre los efectos barrocos de Freud, acusa recibo de las ideas que le parecen dignas de los salones de los literatos.

ideales del sujeto (la represión es inseparable del narcisismo). Para comprender la eficacia de las ideas inconscientes es necesario sustituir la idea de herencia y la más banal de “constitución neuropática” por la de constitución sexual. Recién entonces

se comprende que el trauma es aquello que sorprende como real al sujeto, aquello que su constitución sexual no puede evitar. El síntoma, entonces, se convierte en una actividad sexual metafórica (para la histeria) y metonímica (para la neurosis obsesiva). ¿Qué papel desempeña la sexualidad –se pregunta Greve– en el mecanismo generador de estos fenómenos? Para responder introduce las fantasías producidas por un cuerpo polimorfo que se constituye por zonas erógenas que no pueden subordinarse

a la reproducción por ser anteriores a la genitalidad y determinadas desde la satisfacción autoerótica.

Greve le concede a su auditorio la diferencia entre las neurosis actuales y las psiconeurosis, pero sabemos que las actuales tienen algo difícil de congeniar con el “soma” del cuerpo médico.¹³

Al referirse a la génesis de la neurosis habla de la sobredeterminación, complicando el esquema lineal de una etiología pensada según la relación entre una causa y sus efectos.

Así como Agrelo introduce el término psicoterapia, Greve aclara que lo que está exponiendo se llama psicoanálisis y que su práctica es la asociación libre que permite la aparición de la resistencia, así como la interpretación del sueño, lapsus, equivocaciones, etc.

Por último dice que desconoce la técnica de la interpretación de la resistencia, de manera que cuando sus analizantes no saben cómo seguir les dice que continúen en su propia casa tratando de poder explicitar lo que, sin duda, asocian en su inconsciente.

Greve advierte que solo rinde un homenaje “a un antiguo maestro” y que el psicoanálisis no es un saber constituido sino que sigue transformándose: en la doctrina “la confusión se hace mayor –dice–, por las modificaciones que han ido experimentando los diversos problemas y concepciones de que se compone. Agréguese a todo esto el idioma, estilo y forma de esas publicaciones, y se tendrá la clave de los móviles que nos han inducido a emprender la labor de presentaros esta compendiada exposición de una parte de la doctrina”.

Los términos introducidos por Greve dispersan el saber que se resume en la exposición de Agrelo. Para conjurar esta dispersión la psicología irá a valerse

de todos los trucos: “Porque fuerza decirlo de una vez –escribe Aníbal Ponce, en 1923–, con menos complicaciones que Anatole France, con más ilustración científica que Chesterson, sin las proyecciones revolucionarias de Bernard Shaw, Freud representa, sin disputa, la más alta figura del humorismo contemporáneo”.¹⁴

Ponce se pone gracioso por el estilo de Freud, mientras que Greve marca que ese estilo tiene sus problemas. Más allá de la ilusión literal (la palabra como espejo del mundo) y de la ilusión referencial (el mundo como espejo de las palabras) existe el discurso del goce tramado por un cuerpo que se llama erótico. En verdad, Aníbal Ponce (que firma con el sobrenombre de Luis Campos Aguirre) no se divierte mucho con “la divertida estética de Freud”, puesto que se le ocurre que el pansexualismo es una idea fija del freudismo, allí donde la mínima lectura muestra que es la relación sexual lo que desaparece en un discurso donde la diferencia entre hombres y mujeres es improbable.

Aníbal Ponce no soporta que la Catedral de Burgos, los cuadros de Velázquez (son sus ejemplos) y la literatura de Barbusse se relacionen con el “incesto fundamental” y por eso deja de divertirse cuando escribe: “Pintores, músicos, literatos, todos quedan conmovidos por el deseo fundamental”.

Por fin, la diversión lo lleva a confesar: “mucho temo que la necesidad de ser sintético haya puesto un poco de cordura en el precedente resumen de las bufonadas de Freud”.¹⁵

Freud aparece en la lectura de Ponce como un juego de artificios contrario a la naturaleza de las cosas. Si el escándalo se sitúa en relación con el arte es porque en ese campo siempre fue necesario disfrazar el juego de los arti-

ficios para sostener, por ejemplo, qué revela la naturaleza humana. Ponce sufre los efectos barrocos de Freud, acusa recibo de las ideas que le parecen dignas de los salones de los literatos.

Sin embargo, este criterio de la reducción al Deseo Fundamental en un extenso trabajo sobre el lenguaje publicado en 1925 reconoce que “la esencia de la magia es el deseo dominado al mundo con sus instrumentos nacidos del deseo”.

¿Qué más?

*Poco importa que la labor científica –escribe Ponce, en el mismo trabajo– demuestre cómo sus posibilidades van siempre más allá de las presunciones de los hombres. Poco importa porque cuando la piensa en términos de deseo, la criatura humana exige, no la conquista forzada e insegura sino el dominio absoluto e inmediato. Y esa voluntad de querer llega por tan sutiles raíces hasta el fondo de nuestra estructura, que nos impone irresistible, la esperanza de que hay algo en el deseo mismo capaz de conseguir el fin apetecido.*¹⁶

Es indudable que Aníbal Ponce no se divierte porque el piso de la naturaleza comienza a desaparecer y porque la peste (como Freud llamó una vez al psicoanálisis) atraviesa –contra su voluntad– la reflexión que intenta realizar sobre el lenguaje, al punto de que intenta resolver todas las producciones que no son ciencia por una apelación al Deseo (Freud era más cuidadoso, sabía que la pulsión es inseparable de la muerte).

Lo que ya no está prohibido se vuelve obligatorio: desde 1936, A. Rascovsky

se encuentra en el Hospital de Niños buscando una explicación *dinámica* de los trastornos endocrinológicos y, simultáneamente, Pichón Rivière introduce el mismo discurso en el Hospicio de las Mercedes. Y en 1936 (Revista *Psicoterapia* N° 2) Pizarro Crespo cita en forma reiterada la primera tesis de Jacques Lacan, publicada en 1932.

Es indudable que la peste transmitida por Greve se había dispersado y amenazaba con ser una epidemia: en 1926, Enrique Mouchet escribe sobre (contra) “La significación del psicoanálisis”; en 1929, Gregorio Bermann escribe sobre “Psicología del Narcisismo”; y en 1933, Emilio Pizarro Crespo supone que el narcisismo es la enfermedad de esta sociedad. Los dos primeros trabajos se publicaron en *La semana médica* y el último en los *Archivos de Psicología Normal*.

Mouchet, Bermann y Pizarro Crespo expresan su molestia y su fascinación: Bermann comenta a Hesnard y moraliza el concepto, al igual que Pizarro Crespo: perversión para el primero y egoísmo para el segundo (enfermedad en los dos casos) es el narcisismo.

En 1939 se produce algo que concluye el movimiento que se inicia con la desertación de Greve. Fue en la palabra de Freud donde encontramos la referencia a Greve y es también en su palabra donde podemos recuperar los efectos de esos veinte años. Jorge Thenon publica *Psicoterapia comparativa y Psicogénesis*, enviando el libro a Freud.

La respuesta muestra que el psicoanálisis había logrado un pasaje a nuestra lengua:

Muy estimado colega: cada nueva demostración de haber superado las fronteras geográficas es recibida por

nosotros con alegría, y por eso celebramos con satisfacción la circunstancia de que también en la lejana Argentina nuestros problemas psicoanalíticos y nuestros puntos de vista son atentamente analizados y estimulan la producción de trabajos científicos precisos. Le propongo a Ud. un extenso resumen de su tesis para publicar en nuestra revista internacional de psicoanálisis. Con la expresión de mis mejores deseos por el progreso de su trabajo, cordialmente a sus órdenes.

Freud, 25/8/1930¹⁷

Lo que vino de España

El Dr. A. Arteaga, hablando del psicoanálisis en 1931, escribe: “Esta doctrina, cuya originalidad es excesiva y cuyos resultados son imprecisos, dependiendo muchas veces de la psiquis del que la aplica, ha hallado muchísimos adeptos y algunos contradictores”.¹⁸

Un exceso de originalidad, una incertidumbre ligada al deseo del agente, frente al fracaso de una tradición. España nunca supo qué hacer con ese exceso, pero jamás se preocupó demasiado.

En un extenso libro contra todo y en nombre del “espíritu español”, el Dr. Juan Sáiz Barberá apenas si dedica el siguiente párrafo a Freud:

En Francia los psicólogos siguen un camino distinto del de Wundt (Ribot), en América se acentúa esta oposición a Wundt con Wathson, en Rusia con Pavlov y en otros países con la psicología gestaltista y la psicología de Freud, materialista, y que dio un giro copernicano a la psicología con el psicoanálisis del



*inconsciente, que ha arrebatado al ser humano su espiritualidad, para hacer triunfar en él lo instintivo y repulsivo del hombre...*¹⁹

Arteaga escribe en 1931 y Sáiz Barberá en 1978; entre los dos pareciera que no existe demasiada diferencia. El libro de Sáiz Barberá tiene 508 páginas contra todas las corrientes, en especial contra la psicología experimental, y hace la historia de las mismas en España. Casi no se ocupa de Freud, porque de entrada el psicoanálisis parece condenado al fracaso. Arteaga se ocupa mucho más, porque en 1931 el psicoanálisis era un “peligro”. No hay que concluir que el psicoanálisis no existió, sino que desapareció. Las causas políticas explícitas pueden

situarse en el resultado de la Guerra Civil. ¿Pero eso explica todo? En la actualidad, el psicoanálisis es resistido por los medios de información de la progresía –con argumentos diferentes– como fue durante años excluido de los medios de información oficiales.

La tradición “espiritual” y sus opositores, igualmente tradicionales, de la psicología experimental forman un muro: entre la *trascendencia* de unos y el *empirismo* de los otros, pareciera no existir ninguna grieta.

El inconsciente habla en los chistes, en la literatura, en el folklore, en las canciones: eso es para unos “genio de España” y para otros problema de “educación”.

Valentín Corcés Pando, en las Jornadas Nacionales sobre Psiquiatría

José Ortega y Gasset

y Psicoanálisis, (organizadas por la Asociación de Neuropsiquiatría, los días 16, 17 y 18 de junio de 1978 en Barcelona), propone una visión de la situación del psicoanálisis en España partiendo de los siguientes supuestos:

- 1) La lectura de los introductores de Freud determinó el desarrollo del psicoanálisis, de manera que será necesario hacer la historia de las primeras posiciones.
- 2) En España habría una situación paradójica: no hay movimiento psicoanalítico, aunque aparezca todo un discurso “alrededor” del psicoanálisis.
- 3) Sería necesario un “universo de saber” filosófico que acompañara el discurso del psicoanálisis. La falta de este apoyo filosófico determinaría que no pudiera constituirse un movimiento.

“Psicoanálisis, ciencia problemática”, el artículo publicado por Ortega y Gasset en 1911 es, quizá, el primer trabajo sobre psicoanálisis producido en España, donde se conocía alguna traducción de Freud antes de finalizar el siglo XIX. Ortega y Gasset resume con acierto la “Psicología de la vida cotidiana” y el trabajo de Freud sobre Leonardo, así como la primera exposición general de 1909. Su lectura se refiere a los textos alemanes y concluye de manera sorprendente: “...mecanismo que no es mecanismo físico es una metáfora...”. Esto después de exponer que el psicoanálisis no puede ser descripto y que para decir el *por qué* de las conexiones que expone debe apelar a la matemática.

Pedagogía, sexología, derecho: por ahí discurre el psicoanálisis hasta que se produce el corte de la Guerra Civil. Luego, todo debe situarse en otro

lugar donde Jaspers y Max Scheler son fundamentales.

En 1922 el editor Ruiz Castillo comienza la traducción de las *Obras Completas* de Freud y algunos psiquiatras –César Juarros, Mira y López– dictan cursos de divulgación. Ramón Sarró se manifiesta heterodoxo y cuando Garma vuelve de Alemania intenta “introducir” lo que entiende que es el verdadero psicoanálisis.

Fernández Sanz, de sólido prestigio en la psiquiatría, rechaza la etiología sexual de Freud (apela a la clínica y a los supuestos de una ciencia natural de la enfermedad).²⁰

Juan Rof Carballo sigue –a través de Green, Bion, Balint, etc.– proponiendo a Victor Frankl y su psicoanálisis existencial, en cierta conjugación con los ideales cristianos (amor primario de Blint, confianza y esperanza, Dios personal, etc.). Todos ellos, entre la pedagogía y la filosofía, entienden que la *misión* que deben realizar debe producir algún bien que pueda ser reconocido por la sociedad (guiar a la juventud, ayudar la felicidad general).

En el prólogo a las *Obras Completas* de 1922, Ortega y Gasset elogia la audacia de Freud, dice que el concepto de “represión” quedará en la ciencia, pero se inquieta por la amplitud de la idea de sexualidad.

El prólogo de la última edición de Biblioteca Nueva está firmado por Juan Rof Carballo que defiende, a la vez, la vertiente “social” planteada por el *Anti-Edipo* y la “biológica” desarrollada por él mismo, desde una “filosofía” de corte fenomenológico. Esto es lo que se quedó en España, no demasiado diferente a lo que un español (Mira y López) llevó a la Argentina en 1940 y bastante empa-

rentado con lo que luego desarrollaría otro español (Ángel Garma) después de 1942. La diferencia está en que Rof Carballo sabe más Biología que Garma, pero Garma sabe más psicoanálisis que Rof Carballo.

Si en Argentina el psicoanálisis se borraba en 1930 por el avance de las ideas de Pavlov, en España retrocedería frente a las exigencias morales de la religión: interesante banda de Moebius. *La agonía del psicoanálisis* de López Ibor (publicado por Editorial Austral) permite reflexionar sobre este acontecimiento histórico. Ramón Sarró, por su parte, alude en la Universidad de Barcelona a su análisis con Helene Deutch para decir que *no* la

amó nunca, como el psicoanálisis se empeña en decir que *siempre* ocurre. Explica que Freud era un poco fantasioso y se dejaba sugestionar por las histéricas. Para apoyar su afirmación proyecta en una pantalla imágenes de ataques histéricos, mostrando que esas “posiciones” podían excitar a cualquier estudiante de la Viena de aquella época.

Castilla del Pino muestra un estilo que se contenta con el eclecticismo desde una posición psiquiátrica. Su último libro sobre psiquiatría cita solamente la tesis de Lacan sobre paranoia y hace del psicoanálisis un “capítulo” de una ciencia “totalizadora” donde, como corresponde, se incluye todo.

NOTAS

1. Vicente F. López, Prólogo a *Las neurosis de los hombres célebres*, de José M. Ramos Mejía. Ed. La cultura Argentina, 1915, Buenos Aires.
2. Carlos Astrada, Prólogo a *Estructura y totalidad psíquica*, de Félix Krueger, Ed. Juárez, 1969, Buenos Aires.
3. Luis Juan Guerrero, *Psicología*, Ed. Losada, 10° edición, 1949, Buenos Aires.
4. Oscar Masotta, *J. Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*, en *Conciencia y estructura*, Ed. Jorge Álvarez, 1969, Buenos Aires.
5. León Rozitchner, *Freud y los límites del individualismo burgués*, Ed. Siglo XXI, 1972, Buenos Aires.
6. Américo Foradori, *La psicología en América*, Ed. Instituto J. V. González, 1954, Buenos Aires.
7. Alejandro Korn. *Ensayos críticos*. Ed. Claridad, 1935, Buenos Aires.
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*
10. Vicente Fatone, *Obras completas* (Tomo 1 y 2), Ed. Sudamericana, 1972, Buenos Aires.
11. Aníbal Ponce, *Apuntes de viaje*, Ed. El viento en el mundo, 1970, Bs. As.
12. *Ibíd.*
13. Germán García, *Actualidad de las neurosis actuales*. Notas de la Escuela freudiana, 1977, Buenos Aires.
14. Aníbal Ponce, *La divertida estética de Freud/La gramática de los sentimientos en Estudios de psicología*, Ed. El viento en el mundo, 1970, Buenos Aires.
15. Publicada en *La Semana Médica*, 1933, Buenos Aires.
16. Aníbal Ponce, *op. cit.*
17. Publicada en *La Semana Médica*, 1933, Buenos Aires.
18. A. Arteaga: *Prevención y cura práctica de la neurastenia*, José Montesó Editor, 1931, Barcelona.
19. J. Sáiz Barberá: *Historia de la Psicología Española*, Imprenta Taravilla, 1978, Madrid.
20. E. Fernández Sánz: *Tratamiento psíquico*. Ed. Saturnino Calleja, 1922, Madrid.